

José Luis Orozco *

**Política y administración: democracia liberal
y democracia corporativa en
los Estados Unidos**

Frank Johnson Goodnow (1858-1939) figura entre los ingenieros sociales fragmentarios que legitiman en Estados Unidos el paso del modelo político jacksoniano-tocquevilleano (vapuleado ya por los monopolios) al modelo empresarial-corporativo que plantea el asentamiento del gran capital financiero. Su época, la época ideológicamente denominada Progresivista (1896-1920), opone la sobriedad de la ciencia y la técnica social que forjan las universidades al pinto-resquisimo, y el plebeyismo y la eventual insolencia de los legendarios *bosses* o conductores de la primera sociedad de masas surgida tras la guerra de Secesión como consecuencia de la demanda de mano de obra industrial barata. Cosas de la historia norteamericana: los señores del capitalismo (los *robber barons*) que se han valido en su ascenso de aquellos señores de la política (los *políticos*) van adjudicando a los viejos cómplices, y a medida que consolidan imperios y financian universidades, la venalidad y la corrupción general que la instauración de su mismo capitalismo requiriese y fomentase.¹

El discurso universitario y administrativista del Progresivismo no traduce desde luego ninguna recuperación de la democracia. Al sacudirse de su plataforma política de lanzamiento, el capitalismo financiero no persigue reemplazar la práctica de la maquinación y el cohecho por la práctica de la participación democrática y la oportunidad

* Profesor de la División de Estudios Superiores de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

¹ La época inmediatamente anterior a la del Progresivismo es ilustrada en los libros de Matthew Josephson *The Robber Barons The Great American Capitalists, 1861-1901* (1934), A. Harvest Book, Harcourt, Brace & World, Inc., New York, 1962, y *The Politics, 1865-1896* (1938), A. Harvest Book, Harcourt, Brace & World, Inc., New York, 1966.

económica de la *frontier* en expansión de la primera mitad del siglo XIX. Lo que trata es de autoconferirse (porque la Universidad será el espejo que lo purifica de toda sordidez) una esfera política más funcional, de fijar sus nuevos parámetros operativos en los términos de la ciencia y la decencia. En el plano de la ontología social, las universidades a su servicio le proporcionan con el darwinismo el paradigma orgánico y superorgánico sobre el cual erigir una teoría de las grandes estructuras humanas (de las corporaciones monopolistas al Estado y el Mercado) en las analogías biológicas y, medio siglo más tarde, cibernéticas. En el plano de la lógica (o la ilógica) social, Harvard le afina desde la década de los sesentas al pragmatismo como la fórmula del pensamiento expedito y flexible.²

Químicamente universitaria, la carrera de Goodnow tiene los leves toques de notoriedad respetable que sirven para la buena promoción académica. Que en 1888 incluya James Bryce en su *The American Commonwealth* (suerte de nueva *Democracia en América*) el escrito que Goodnow redacta sobre las acciones y depredaciones del boss William Marcy Tweed en la Nueva York de principios de los setentas apuntala el prestigio del joven profesor de la Universidad de Columbia; que, por otra parte, A. Oakey Hall, inculcado junto con Tweed, entable demanda por libelo a Bryce añade para Goodnow una dimensión (respetablemente) heroica; finalmente, que el artículo sea retirado de las subsecuentes ediciones (y reescrito por Bryce) abre la pausa para que Goodnow respalde empíricamente y expanda su tesis básica de la dialéctica de la corrupción municipal que se genera y alimenta en las legislaturas locales, en la irresponsabilidad de los partidos y sus cuarteles (el Tammany Hall) y, singularmente, en el clientelismo electoral-prebendario de “las grandes masas de votantes ignorantes”.³

Aunque los títulos iniciales de Goodnow lo avalen en el rediseño de la vida política que emprende la *intelligentsia* norteamericana de la era progresivista, su área de autoridad científica habrá de circunscribirse en la política municipal y la administración pública local,

² Sobre ambos temas, ver nuestras *Notas del País Darwiniano*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981, y “Las Razones del Pragmatismo”, en el volumen “Ciencia, Filosofía e Ideología”, *Críticas de la Economía Política*, Edición Latinoamericana, núm. 18/19, enero-junio de 1981, pp. 227-256.

³ Goodnow, Frank J., “The Tweed Ring in New York City”, Cap. LXXXVIII de Bryce, James, *The American Commonwealth*, vol. III: *Public Opinion - Illustrations and Reflections. Social Institutions*, MacMillan and Co., London and New York, 1888, pp. 173 y ss. Sobre el litigio Bryce-Hall, véanse Werner, M. R., *Tammany Hall*, Doubleday, Doran & Company, Inc., Garden City, New York, 1928, pp. 274 y 275, y Paine, Albert Bigelow, *Th. Nast, His Period and His Pictures*, (1904), The Pyne Press, Princeton, s/f., pp. 353 y 354.

nacional y comparativa. Y ello porque ni la epistemología ni el estilo del pragmatismo consienten autoridad totalizadora alguna (ni siquiera la de John Dewey): si la empresa común es la de desbancar la vieja mitología liberal y su nexa putativo con el dogma de la soberanía popular (legislativa), la teoría pragmática de la ciencia impone que cada uno de sus practicantes quede circunscrito en el ámbito de la especialidad disciplinaria y converja solamente con los demás ilustrando las asociaciones entre eficiencia y corporatividad y democracia y deshonestidad. Algo más: evitando un Marx del capitalismo financiero, la lógica fragmentaria y técnica del pragmatismo rehuye también una teoría del Estado, por más que ésta pueda darse farragosamente en Woodrow Wilson y comprometedoramente en Herbert Croly (y por ello no volver a darse).⁴

Más que un marco conceptual que descifre los últimos mecanismos de la hegemonía, lo científicamente sancionable es la instrumentación de la *rule of business* en el pluriverso de fuerzas desatadas por el *elan vital* del capitalismo financiero. Cláusula ésta que hace anacrónico el “retorno a la ley” que reclaman los sectores agobiados por los monopolios: para Goodnow, la ley que ignora aquellas nuevas fuerzas no es sino una “resplandeciente abstracción”; para John Burgess, antes que Goodnow, ellas expresan la “nueva soberanía” que ya doblega al “antiguo Estado”; para Herbert Croly, paralelo a Goodnow, ellas dan fin a “la monarquía de la Constitución”, a la simple “monarquía de las palabras”. En un supuesto giro radical, la acusación del carácter estático y rígido del sistema constitucional en el nombre de un pueblo al que no puede negársele “el cambio político y social” conduce en Goodnow y en el mandarinato progresivista a confiar a la ciencia y sus verdades metaconstitucionales la titularidad y la dirección “ordenada” y “progresiva” de ese cambio.

La ciencia que relativiza la democracia y reabsolutiza la propiedad queda así como el baluarte de la normatividad administrativa y experimental que substituye a la estrecha normatividad jurídica. Para comenzar, su “interpretación económica” de la sociedad muestra las ventajas de la administración sobre la legislación, hace de aquélla un virtual “cuarto poder” (John Rogers Commons); luego, la ciencia pragmática del derecho declara la obsolescencia del viejo constitucionalista (Oliver Wendell Holmes), de la “jurisprudencia mecánica” (Roscoe Pound), e impone sus “standards” (Ernest Freund)

⁴ Cfr., Wilson, Woodrow, *The State. Elements of Historical and Practical Politics* (1889), D. C. Heat & Co., Publishers, Boston, New York, Chicago, Revised Edition, 1898, y Croly, Herbert, *The Promise of American Life* (1909), The American Heritage Series, The Bobbs-Merrill Company, Inc., Indianapolis, New York, 1965.

tanto en la elaboración de la ley (*law-making*) como en su interpretación (*law-construction*) finalmente, al nivel de la sociedad civil, la metafísica del pluralismo rompe con toda categorización formalista y celebra con Arthur Bentley la emancipación del interés económico privado de los yugos artificiales del Estado, la clase social a los fantasmas legales y su reinserción en la verdadera dimensión de la acción colectiva, la de los grupos de presión.⁵

Solamente al trasluz del arrebatamiento “científico” de la iniciativa popular puede entenderse el postulado de Goodnow que separa en 1900 a la política y la administración. Su pretensión de encontrar detrás del “gobierno formal” al “gobierno real” y de trascender a Montesquieu con los trazos naturalistas de la nueva estructura y las nuevas funciones de la organización política se cimenta, a no dudarlo, sobre una obra sólida y consistente (alrededor de *Politics and Administration*, entre 1893 y 1911, aparecen *Comparative Administrative Law*, *Municipal Home Rule*, *Municipal Problems*, *City Government in the United States*, *Principles of the Administrative Law of the United States* y *Social Reform and the Constitution*). Sin embargo, Goodnow no es el científico imparcial y neutral que simboliza para algunos, al lado de Veblen, Taylor o Giddings, la leyenda tecnocrática del Progresivismo. Basta y sobra con ojear *Política y Administración* para percatarnos de la distancia que media entre Goodnow y las imágenes que lo presentan trasladando la “administración científica” o “las operaciones del sistema industrial” a los procesos gubernamentales, aplicando apolíticamente la competencia técnica para lograr la ejecución de los fines del Estado.⁶

Al tono de su generación intelectual, Goodnow percibe (sin jamás hacerlo explícito) que el aparato gubernamental se ha convertido en los Estados Unidos en el complemento funcional de la nueva economía imperialista y corporativa y que su misión personal radica en impedir el acceso a éste de todo sector ajeno al proyecto que la clase dirigente aureola de científicidad. A su vez, Goodnow sabe que la pretendida “nueva superestructura *managerial*” del gobierno norteamericano no pueda imponerse plenamente sin correr los riesgos de la planificación y la estatización y la parálisis consecuente del capitalismo. De aquí que la standarización operativa y la extensión de “las

⁵ Sobre el tema, ver los capítulos III, IV y V de nuestra *La Pequeña Ciencia. Una Crítica de la Ciencia Política Norteamericana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, pp. 68 y ss.

⁶ Con todo su esquematismo, la más valiosa de esas presentaciones es la de Haber, Samuel, *Efficiency and Uplift Scientific Management in the Progressive Era, 1890-1920*, (1964), The University of Chicago Press, Chicago & London, 1973, pp. 99 y ss.

leyes naturales del trabajo y la producción” a la política hayan de circunscribirse a ciertas áreas de la estructura burocrática, mayormente en los niveles medios y bajos. Aunque Goodnow omita en su obra todo referente corporativo-financiero y todo imperativo de acumulación y reproducción de capital, Goodnow tiene la conciencia (y por algo llegará a ser rector de una de las mayores universidades del país) de que el juego de la política y la administración es el correlato del determinismo y el indeterminismo del sistema capitalista, del juego mismo entre el capital productivo y el capital especulativo.

Así, más que el promotor de la gerencialización universal de la política norteamericana, Goodnow es el técnico que ajusta y lubrica los dispositivos de una maquinaria política que simplemente no puede aceptar la racionalidad a largo plazo. Ni negar la *Weltanschauung* tecnocrática de Goodnow: pero si ésta rechaza “los preceptos pertenecientes al siglo xviii” es porque el capitalismo que la sustenta es estorbado (como lo fue después de la guerra de Secesión por el Radicalismo) por la intromisión legislativa de las clases descalificadas para el nuevo proyecto nacional e internacional; si aquélla se opone al “idealismo especulativo” y al “formalismo reaccionario” es porque la ética empresarial-oportunista que blande científicamente se deshace del pesado compromiso del liberalismo y la democracia. Despolitizar significa entonces en Goodnow —partícipe de “la desconfianza universal hacia la legislatura”—, no otra cosa que “des-legislaturizar”, que “des-democratizar” invocando una ciencia que deja atrás el legalismo, el partidismo y la especulación abstracta.

Empírica, inductivamente, la empresa de Goodnow parte de la política municipal, el ángulo aparentemente más distante del Estado corporativo-imperial. Allí encuentra empero el punto microanalítico clave del sistema de poder y el laboratorio para reestructurar la relación entre lo público y lo privado. Bajo el pretexto de librar a las ciudades de su condición de peones en el ajedrez de la política central estatal (no siempre controlable), la “ciencia del gobierno municipal” bosqueja su autonomía otorgándoles una “esfera de acción privada” que se pliega a los organismos corporativos o los complementa funcionalmente. “El gobierno municipal es un asunto empresarial”: Goodnow sopesa ese reclamo y lo considera aproximativo: su rigor científico le dice que “es casi exclusivamente un asunto de administración, y de administración local”. Ello implica que requiere de un “gerente”, de una “junta directiva” (la *board idea*), de una jerarquía administrativa y de la corporativización de sus agencias cuya actividad es primariamente comercial. Que requiere que la profesionalización y la tecnificación sean protegidas subtrayéndolas a “los prejuicios de clase”

y, sobre todo, al agobio de las presiones electorales. Administrativado o empresarializado, el gobierno local engrana en una división del trabajo político que lo remite a la atención de “los detalles” en tanto que esos detalles “cuentan tanto o más en realidad que los principios generales”.⁷

Ahora que si la eficacia técnica y la flexibilidad mercantil que Goodnow demanda del gobierno municipal le sirven como coordenadas al avanzar en el plano macroanalítico, el carácter administrativo-privado de los niveles locales no puede mantenerse al ascender al nivel estatal y nacional. Cuidadosa, la dialéctica (o la pragmática) goodnowiana de la micro y la macropolítica no empotra los criterios de productividad y organización privadas en la actividad gubernamental. A escala de acumulación capitalista, por no mencionar las escalas de la expansión y la represión, ello sería disfuncional: más que privatizar indiscriminadamente, Goodnow se interesa por universalizar el *ethos* público que ya el pragmatismo considera el más constante con el desarrollo del capitalismo norteamericano, el *ethos* judicial. De aquí que despolitizar, en un sentido más positivo, signifique para Goodnow “judicializar”, independizar la actividad cuasi-empresarial y cuasi-técnica del gobierno a manera de formar un cuerpo de altos y medianos expertos dedicado “a la búsqueda de la verdad” (*the pursuit of truth*).⁸

Judicializar: allí la fórmula para substraer la esfera técnico-administrativa (sinónimo de las autoridades ejecutivas más vinculadas al proceso de reproducción de capital) de las interferencias de la política tal y como la conciben Goodnow y los progresivistas. La historia inglesa viene al caso para ilustrar cómo la despolitización de los jueces y su independencia de las autoridades locales los convirtió en la fuerza “que impidió el absolutismo de los Estuardos”. Goodnow podría darnos ejemplos más cercanos y nacionales: fueron los jueces (y un poder ejecutivo no precisamente judicializado) los que impidieron, a partir de 1865, el absolutismo de los abolicionistas y los radicales que quisieron llevar la Constitución y los objetivos humanitarios de la Guerra de Secesión hasta sus últimas consecuencias; en sus días, son igualmente los jueces los que neutralizan en sus laberintos de sutileza técnica las exigencias populares plasmadas en la débil legislación laboral o en la legislación anti-monopolista (a ley Sherman de 1890). De esa y no de otra manera entiéndase la anuencia al “gran paso” que según Goodnow dan “las comunidades políticas avanzadas” hacia

⁷ Goodnow, Frank J., *Politics and Administration. A Study in Government* (1900), Russell & Russell, New York, 1967, Capítulo IV, esp., pp. 83, 84.

⁸ *Idem.*, esp. pp. 85-93.

el aseguramiento de la autonomía “de ciertas autoridades que administran el derecho”.⁹

Pero la autonomía/centralización de las instancias administrativas que se plantea en relación directa a la concentración económica no es el único proceso que Goodnow privilegia teóricamente. Y es que a la concentración económica no le basta la sola centralización (y tecnificación) administrativa. Sin que Goodnow aluda a ella, 1900 es el año en que la Federación Cívica Nacional articula las cúpulas empresarial, laboral y “pública” (el mandarinato político y universitario) para desterrar el conflicto entre el capital y el trabajo de la sociedad norteamericana. Conciliar y arbitrar no se reduce a la mera práctica administrativa: implica la verticalización/atomización social y, para una clase dominante adiestrada desde la colonia en el ejercicio de la hegemonía por la vía de la sociedad civil, la extensión del abanico de su ciencia social al cultivo, dentro de “las líneas de menor resistencia” (y por ello “las más naturales”) de la costumbre y la tradición, de “una opinión pública inteligente”. Políticamente, y aquí lo fundamentalmente político de la obra de Goodnow, se trata de relegitimar y modernizar (cosa que la elección de 1896 viabiliza) el viejo juego inter-elitista de los partidos Republicano y Demócrata que todavía en 1900 (y hasta la Primera Guerra Mundial) es sacudido por la imperinencia proletaria de populistas y socialistas.

La ciencia de la sociedad civil de Goodnow se enlaza así con su ciencia del gobierno y trasplanta a los partidos políticos —desclasándolos, verticalizándolos—, los imperativos de respetabilidad y responsabilidad que postula en la esfera de la administración. Sin conceder la más mínima beligerancia científica al populismo y al socialismo, el empirismo de Goodnow se concreta a conciliar la previsibilidad y la manipulabilidad general con la espontaneidad y la participación individual que el capitalismo financiero demanda para su proyecto corporativo e imperial. Y para corporativizar y atomizar no hay como la dialéctica (o la pragmática) de lo público y lo privado que se da en el buen partido norteamericano: si internamente su carácter de *private organization* mantiene la tradición política individualista que hace de la elección una “*individual choice*” y deslegitima cualquier política “de clase”, la nueva estructura corporativa demanda ahora que los partidos “responsables” asuman, entidades empresariales en última instancia, la condición de *political bodies* dotados de una función coordinadora en el centro mismo de la actividad del gobierno.¹⁰

Por una parte, la ciencia de Goodnow descalifica a los partidos di-

⁹ *Idem.*, Capítulo II, esp. pp. 39-43.

¹⁰ *Idem.*, Capítulo IX, esp. pp. 247-250.

sonantes, inconvenientes; por la otra, legítima que los partidos depurados de toda sospecha clasista aseguren la armonía entre política y administración o, lo que es lo mismo, refuercen la responsabilidad del sistema político a la clase dominante elevada a clase universal (o, mejor, a no-clase). Articulador de la política de presión y, por ello, insertador de la lógica privada en la lógica pública, el partido se inscribe como el mecanismo para-gubernamental con una función de control similar a la del Parlamento inglés y como el eje organicista, plástico, de la nueva división pragmática del poder. Plasticidad que a su vez no riñe con la organización y la eficiencia, con la centralización y la jerarquía que exige su función contralora hacia arriba y hacia abajo. Y es que, junto a la función equilibrante del Estado y sus agentes, la otra función del partido dictada por la ciencia es la de regular y canalizar la competencia política y, más que nada, la de evitar “los extremos de la voluntad popular”.¹¹

Nueva dialéctica (o pragmática) del control social: en su diseño del justo medio político, Goodnow cuida que el partido norteamericano se someta a “los principios”, esto es, que trascienda el interés de clase, “la ventaja personal” o “el craso materialismo de los partidos locales” y que al mismo tiempo impida la “subversión” de sus miembros a través de la disciplina interna, la lealtad y la adhesión a una plataforma y su mosaico de enunciados sobre temas particulares (*issues*). Sin embargo, la cláusula anti-clasista impone que jamás se dé cohesión ideológica alguna entre los integrantes del partido, cohesión absolutamente objetable que llevaría a la “mezquindad partidista” que Goodnow observa en Italia y en Francia o a la conversión del partido en una simple “sociedad de debates”. Ante el clasismo e incluso ante el localismo, el substitutivo científico de la ideología es el “idealismo” que solamente puede portar un partido nacional grande, biopolar, postclasista, totalista organizativamente, fragmentario intelectualmente. Es ese “idealismo”, garantizado por el carácter público del partido y su supervisión judicial, el que finalmente sobrepasa la voluntad de “un grupo de particulares” (*a body of private persons*) y establece la “plena responsabilidad” del sistema, su *full accountability*.¹²

Con toda la arbitrariedad de sus premisas mayores, la alquimia de Goodnow valida que los partidos tradicionales sean presentados como las agencias intermediarias sin las cuales ningún ciudadano puede elegir inteligentemente. La ciencia que proscribe todo cuestionamiento radical o todo asalto al poder existente se complementa con

¹¹ *Idem.*, Capítulo V, esp. pp. 105-109.

¹² *Idem.*, Capítulo VI, esp. pp. 142-147.

el trazo de los parámetros de la participación popular: la nueva “democracia organizada” no implica tanto “la elección deliberada de los funcionarios y la determinación positiva de sus decisiones políticas” cuanto “el poder del veto y el poder de cambiar a los líderes del partido” mediante la participación individual en sus convenciones internas y en las elecciones locales, estatales y nacionales. Transformado por “las complejas condiciones de la vida”, el viejo gobierno popular (“el ideal del siglo XIX”) puede incluso extenderse a la posibilidad de que el pueblo ratifique *political issues* (el referéndum a la suiza): a lo que no puede extenderse es a que, tal y como sucediese en 1896, el pueblo llegue a plantearse en el terreno electoral los llamados “juicios políticos totales”. Y para ello diseñese, coronando el sistema goodnowiano, una educación política que ilumine y aleje de las prácticas viciadas a “los que no son muy inteligentes”, que lleva a “una política nueva y pura guiada por los expertos desinteresados (*selfless*)”.¹³

Al medio de las coordenadas de la centralización (y la eficiencia) administrativa, la responsabilidad partidista y la inteligencia popular, la ciencia de Goodnow se abre al voluntarismo histórico al recuperar la vieja figura que sus primeros escritos colocasen en el escenario del escarnio, la del “jefe político”, el *boss* legendariamente encarnado en Tweed. No hay rubor en la positivación del *boss* que ahora emprende Goodnow: después de todo, las circunstancias han cambiado y el ente político folklórico a la William Marcy Tweed o a la Roscoe Conkling va cediendo su lugar al ente político gerencial a la Marcus Alonzo Hanna y su sana lógica de los costos y los beneficios. Se trata, podría decirse, de un cambio cualitativo: si aquellos representan la manipulación de las masas ignorantes en razón del miedo personal y de grupo, Hanna, industrial, banquero y *político*, representa la definitiva vinculación de la política y los grandes negocios, del corporativismo y el expansionismo. De aquí que, al reubicar al *boss*, la ciencia de Goodnow no se pregunte sobre la pertinencia moral del “rey sin corona de los partidos”. Su función es la de preguntarse si el ideal democrático resulta o no “*an improper one*”, si las condiciones para que ese ideal opere están o no maduras, si, más allá de los criterios éticos, el *boss* es el elemento dinamizador que requiere el montaje tecnocrático norteamericano.

¹³ Cfr., *Idem.*, Capítulo VII, pp. 148 y ss., esp. pp. 165-167, y, en referencia a la posterior asesoría del Goodnow, con el joven Charles A. Beard, a la Liga Nacional de Votantes y al Buró de Investigación Municipal de Nueva York, Noble, David W., *The Progressive Mind, 1890-1917*, Rand McNally College Publishing Company, Chicago, 1970, p. 39.

Remanente no del todo ortodoxo del liberalismo, la dialéctica (o pragmática) de la corrupción individual y el bienestar social se eleva a la clave goodnowiana del “desarrollo político”. Al margen de su discrepancia con el convencionalismo abstracto, “la política de la raza inglesa” es visualizada histórica y científicamente por Goodnow como el resultado de un impulso que es más racial que moral. El paradigma lo aporta el ministro Sir Robert Walpole y su inescrupulosidad ética depurada por el desenvolvimiento mismo de su actuación política y, fundamentalmente (a tono con el espiritualismo pragmático de los días de Goodnow), por el “resurgimiento (*revival*) metodista” que despeja la atmósfera inglesa y corrige los excesos democráticos de la Restauración. Nada importan los compromisos o la lucha de clases: lo que moraliza y vuelve políticamente productivo al *boss* inglés es “el fin del cinismo político y de la incredulidad en los sentimientos sublimes y las aspiraciones nobles que acarrese el desplome (*chash*) del puritanismo”.¹⁴

El *boss* norteamericano se legitima así en una doble dimensión: tecnocráticamente, y ante la incorregibilidad y disfuncionalidad de las legislaturas, es, si “regenerado y responsable”, la pieza auténticamente ejecutiva (*managerial*) que se inserta en la política y complementa el juego del personalismo y la impersonalidad administrativa; éticamente (o racial-analógicamente), saliéndose Goodnow de la austeridad científica, su integridad se garantiza por la “nueva fuerza moral”, el “nuevo sentido de la virtud social” y el “nuevo sentido de la religión” que promueve el reformismo progresivista. El *boss*, concluye Goodnow, al igual que el monarca inglés, ha llegado para quedarse: su entronización no es un simple peldaño en el desarrollo político norteamericano. Aunque lo acompañen las prebendas y las secuelas de la corrupción (las más funcionales, desde luego, a la acumulación/reproducción capitalista), la administrativización-centralización-judicialmente del sector público y la “inteligencialización” ciudadana están ya dispuestas a manera de bloquear su poder unipersonal dentro de un equilibrio hegemónico multiforme cuyos últimos beneficiarios jamás serán detectados por la severidad empírica de la ciencia de Goodnow.

Y es que, con una parquedad que desentona con los libros de su época y de su género, el de Goodnow apenas si consagra tres páginas a la incidencia de los grandes negocios (las corporaciones) en el gobierno y en los partidos. Invirtiendo (habitual en él) la causación social, su autor atribuye allí a la irresponsabilidad política (cuasi-

¹⁴ Goodnow, Frank J., *op. cit.*, Capítulo VIII, pp. 168 y ss., esp. pp. 171-173 y 190-197.

sinónimo de democracia) el que dinero se lance indebidamente a la búsqueda de “la acción gubernamental favorable”. Sin adentrarse en la mecánica del capitalismo de Estado que el propio Goodnow prepara en el casillero de la especialización, apuntando sólo a la evasión de cargas fiscales o a la obtención de privilegios, la conexión corporativa de la política y la economía se contempla a la lente de lo incidental, como si se tratara de una relación exógena al sistema capitalista, de algo sórdido y clandestino que éste ni desea ni necesita, que se concreta a aprovechar. “En otras palabras”, afirma un Goodnow audaz, “tenemos las condiciones que, tanto desde el punto de vista de la tentación como del de la oportunidad, favorecen el establecimiento de relaciones impropias entre los que controlan el sistema político y los que controlan nuestras mayores instituciones financieras, industriales y comerciales”.¹⁵

Ahora que Goodnow se apresura a no ser mal interpretado: su ciencia escrupulosa no le aporta la suficiente evidencia empírica que corrobore la impropiedad de las relaciones entre “algunas de nuestras grandes corporaciones y algunos de nuestros líderes políticos”, y de aquí que únicamente se aventure a recomendar que toda tentación a la impropiedad se destierra mediante la publicidad de las contabilidades de las corporaciones y los partidos políticos y, sobre todo, corrigiendo “la irresponsabilidad de nuestros líderes políticos”. El Goodnow estricto ante las asambleas populares y las organizaciones de clase se vuelve un Goodnow sensato ante los complejos corporativos. Un Goodnow que pide al nuevo político y al nuevo público que comprendan que “las nuevas condiciones reclaman nuevas medidas”. Que ve llegado el momento de recuperar “el sentido común aglosajón”, el “*practical, common-sense way*” que renuncia “a ser influenciado por los dictados de cualquier teoría fija” o aplicable a todos los tiempos y condiciones que “se encuentra en la mejor disposición para recurrir a cualquier medio práctico al alcance de la mano, independientemente de su coherencia (*consistency*) con lo que pudo haberse creído que fuera la teoría fundamental del gobierno”.¹⁶

Abandonar “la embestida contra los molinos de viento”: la divisa de *Política y Administración* será el credo vital del prestigiado profesor Goodnow quien en 1904 ocupa la primera presidencia de la Asociación Americana de Ciencia Política; en 1911 y 1912 integra la Comisión sobre Economía y Eficiencia del presidente Taft y en 1914 llega a la rectoría de la Universidad Johns Hopkins. En 1915,

¹⁵ *Idem.*, Capítulo IX, esp. pp. 251-254.

¹⁶ *Idem.*, Capítulo X, esp. pp. 260-263.

en China, Goodnow tiene la oportunidad de servir a la singular ciencia wilsoniana del orden mundial que esgrime, por un lado, los imperativos de la diplomacia moral y, por el otro, los de la diplomacia empresarial y militar. Con Westel W. Willoughby, colega, con Paul Reinsch, ministro en China y politólogo, su misión última es la de contener tanto al nacionalismo revolucionario como el expansionismo japonés que llena el vacío de poder que dejan la Gran Bretaña, Francia y Rusia con motivo de la guerra mundial e impone en 1915 su virtual protectorado sobre China (las Veintiuna Peticiones). En un plano inmediato, la misión se cifra en la “consultoría constitucional” que Goodnow y Willoughby prestan al usurpador Yuan-Shih-kai, veterano golpista pro-occidental que desde la guerra de los bóxers se distingue por la represión provincial (Shantung) y luego nacional (contra el Kuomintang) y que se prepara a ir más allá de la presidencia vitalicia y el reino del terror en el parlamento nombrándose emperador.

Discrepancia científica: Wilson y Reinsch se inclinan por preservar el tambaleante republicanismo chino y por establecer (pragmáticamente) un gobierno representativo y reformista; ante ellos, la ciencia de Goodnow y Willoughby prescribe restaurar el imperio en las líneas del relativismo histórico y jurídico que atiende a “las condiciones sociales y económicas del país” y a la falta de “una inteligencia general elevada” del pueblo chino. Enfocada hacia el subdesarrollo, la relojería política de Goodnow se torna una mecánica plana del ejecutivo fuerte, estable y responsable, sancionado por la tradición y la constitución, presentado como la única garantía del “rédito apropiado” para el capital extranjero, que, aprobándolo, se evita los costos de “la administración directa del gobierno”.¹⁷ La lógica contrarrevolucionaria de Goodnow y Willoughby se impone: el 12 de diciembre de 1915 su proyecto constitucional está tan avanzado que puede anunciarse la restauración del imperio para el año siguiente. A científico que los antiguos “compañeros de armas” y los sectores más progresistas de China (de los demócratas sunyatsenianos a los liberales conservadores) secunden la revuelta iniciada en Yunnan y depone al Yuan-Shih-kai que muere “de rabia y vergüenza” en 1916, justamente el año en que, en la serenidad de la academia y el prestigio,

¹⁷ Goodnow, Frank J., “Memorandum on Governmental Systems” (Verano de 1915), traducido del chino en MacNair, Harley Farnsworth, *Modern Chinese History. Selected Readings* (1923); Paragon Book Reprint Corporation, New York, 1967, pp. 742 a 746. Sobre la política de Wilson y la actuación de Goodnow y Willoughby en China, ver Israel, Jerry, *Progressivism and the Open Door America and China, 1905-1921*, University of Pittsburgh Press, 1971, pp. 112 y ss., pp. 119-124.

el buen profesor Goodnow dicta conferencias y publica sus *Principles of Constitutional Government* y su *American Conception of Liberty and Government*.

Desde luego que el episodio de Yuan-Shih-kai no conmueve la fe en la ciencia de Frank J. Goodnow. Al reincorporarse a la administración académica, su nombre se asocia como superior jerárquico de otra figura clave en la fijación de los parámetros de la inteligencia y la conciencia norteamericanas, John Broadus Watson. Apóstol del behaviorismo a punto de instalarse como la gran matriz nacional de las ciencias humanas, Watson se ocupa entonces del laboratorio y la cátedra en Johns Hopkins, y allí su ambición se conjunta con la prudencia de Goodnow para orientar los hallazgos experimentales hacia los dos grandes oficios imbricados que de 1917 en adelante se abren a la ciencia norteamericana, los negocios y la guerra. A través de las recomendaciones de Goodnow al Consejo Nacional de Investigación y al Comité de Personal Militar del Pentágono, Watson pasa a aplicar, con licencia de la Universidad y rango de Mayor, sus pruebas perceptuales y motrices a los aspirantes a aviadores y, no demasiado afortunado allí, a organizar el servicio de palomas mensajeras o a experimentar sobre las consecuencias de la pérdida del oxígeno. Terminada la guerra, la fama de Watson como "experto en la conducta humana" y como consultor de negocios, educación y sistemas de eficiencia lo lleva a la relación personal y profesional cordial con un Goodnow anuente a que el Departamento de Psicología de Johns Hopkins impulse la administración científica y establezca cursos de eficiencia empresarial (*business efficiency*). La relación se seca empero con el divorcio de Watson a finales de 1920 y la rigidez puritana de Goodnow: lo que jamás habrá de disolverse es el vínculo entre la psicología y la administración y la guerra.

El resto de la obra de Goodnow, es de suponerse, se encamina a la expansión de la ciencia hacia todos los confines de la toma norteamericana de decisiones. Si antes de la guerra actuó en China y durante ella en los organismos gubernamental-militar-universitarios, justo es que su nombre figure en el directorio de la Institución Brookings que en 1927 fusiona facultades e institutos de investigación gubernamental y económica para crear la utopía tecnocrática que determinará las prioridades nacionales y la política exterior de acuerdo al más desinteresado de los espíritus científicos, el que concuerda con los negocios. *Think tank* modelo, allí concurren y se articulan

¹⁸ Acerca de la relación entre Goodnow y Watson, ver Cohen, David, *J. B. Watson The Founder of Behaviourism A Biography*, Routledge & Kegan Paul, London, Boston and Henley, 1979, esp. Capítulos IV y VI, pp. 107-111 y 148-164.

los tres segmentos de la intelectualidad orgánica y el *establishment* norteamericanos, el empresarial, el militar y el académico. En ese orden de jerarquía, porque la dirección empresarial es, y será, omnimoda: el alma financiera de la institución reside en Robert Brookings, *chairman* del comité de fijación de precios del Consejo de Producción de Guerra que en 1917 diera pautas para la formación del complejo industrial-militar norteamericano, y en las fundaciones Carnegie, Rockefeller y George Eastman. A la vez, en el comité de *trustees*, aparecen, en primer plano que omite discretamente al sector militar, los grandes *businessmen* y los abogados corporativos; en el segundo plano están los universitarios, los rectores Arthur T. Hadley de Yale y Frank Goodnow de Johns Hopkins y los profesores William F. Willoughby o Leo Rowe.¹⁹

Lugar lógico y merecido para Frank Johnson Goodnow, sirviente fervoroso de la sociedad corporativa, eficiente, productiva y estable. Que esa sociedad entre en crisis en 1929, simbólicamente el año en que Goodnow abandona la rectoría de John Hopkins, es otra cosa. Su ciencia y sus verdades administrativas son ya inmunes a eso que otros, los desahuciados por ellas, interpretan como la primera advertencia de una historia que es universal y multidimensional.

¹⁹ Sobre la Institución Brookings y, mucho menos, sobre Frank Goodnow, ver Domhoff, G. William, *The Higher Circles The Governing Class in America* (1970), A Vintage Book Random House, New York, 1971, esp. pp. 182-184, y Silk, Leonard, y Silk, Mark, *The American Establishment*, a Discus Book/Published by Avon Books, New York, 1980, esp. Capítulo V, pp. 153 y ss.